

“NO PARÉ NUNCA EN MI VIDA, PORQUE DETENERSE ES RETROCEDER”

Gaspar Gentili

Los orígenes

Nací el 26 de abril de 1924, en el pueblo de Talla, en la provincia italiana de Arezzo. Mi padre, Giuseppe, era obrero en el ferrocarril. Como viajaba mucho para la construcción de vías férreas, fue mi madre, Rosa, quien se ocupó de mi educación y de la de mis cinco hermanos.

Eran épocas de pobreza y cada uno debía aportar a la economía de la casa. Así que tuve que salir a trabajar apenas terminé quinto grado. Con sólo nueve años, entré en un taller de motores. Allí pasé buena parte de mi adolescencia, formándome y aprendiendo los secretos del oficio metalúrgico.

Cuando ya tenía 15 años, estalló la Segunda Guerra Mundial. Temía que los nazis me capturasen y me enviaran a trabajar a Alemania. Es que los obreros metalúrgicos eran muy codiciados para la fabricación de armamento. Pasé parte de la guerra como partisano, oculto en los Apeninos, último foco de resistencia italiana contra la ocupación alemana y el régimen fascista de Mussolini.



A los 19 años, en mi ciudad natal de Arezzo, Italia. 1945.

Hacer la América

La guerra me dejó recuerdos muy dolorosos, como haber tenido que pasar necesidades, el frío, el miedo por la suerte de los míos y mi propio sufrimiento. Cuando la paz dejó de ser el sueño de todos



Recién llegado a la Argentina. 1950.

Gaspar, Lea y Paula Gentili, en unas vacaciones familiares en Córdoba, Argentina. 1967.



y los aliados entraron en Italia, quise empezar de cero en un nuevo lugar.

El 24 de abril de 1949, desembarqué en el puerto de Buenos Aires y me radiqué en Villa Domínico. Con Lea, mi esposa, me casé por poder y ella llegó aquí dos años después. ¡No lo podíamos creer! ¡Estábamos en un país donde había trabajo y comida en abundancia!

En mis primeros tres meses en la Argentina, me gané la vida como obrero de la construcción. Luego, me contrataron en una fábrica de grupos electrógenos de Lanús. Siempre fui muy intuitivo para trabajar. En combinación con el conocimiento técnico, yo podía hacer arreglos complejos de motores diésel. Así que me empezaron a llamar de Buenos Aires para hacer todo tipo de reparaciones. Los conocimientos adquiridos en el taller donde trabajé en mi adolescencia empezaban a rendir sus frutos.

Un proyecto emprendedor

A fines de los '50, decidí que era momento de independizarme, y con un socio puse un taller de reparación de automóviles y camiones. Después, me involucré en otro proyecto de fabricación de máquinas para hacer caños de hormigón para desagües fluviales

y cloacales. Era una sociedad de gran diversidad cultural, digna de aquellos tiempos de grandes migraciones. La constituimos dos argentinos, un polaco y yo, italiano.

No quieran imaginar lo que eran nuestras reuniones de trabajo: ¡una babel, donde los distintos acentos se entremezclaban! Pero así y todo, lográbamos ponernos de acuerdo porque todos teníamos como idea en común el progreso.

Las máquinas que fabricábamos eran casi únicas, de un tipo que prácticamente no existía en todo el mundo. Fueron tiempos de gran sacrificio, en que prácticamente yo no dormía por la cantidad de trabajo. Y al comienzo, tampoco obteníamos buenos resultados económicos. Lea fue un sostén fundamental del esfuerzo; ella trabajaba en casa tejiendo pulóveres, alternando con las tareas del hogar.

A base del empeño de los dos, la situación empezó a mejorar. Nuestras máquinas se fueron haciendo conocidas y llegaron clientes importantes.

En 1969, en los tiempos de gloria de la industria nacional, también incorporamos la fabricación de caños de hormigón.

Desde 1980, Hydrotub S.A es una empresa Argentina dedicada a la fabricación de conductos de hormigón comprimido. En aquella época, llegamos a tener más de 50 empleados. En la actualidad, la compañía cuenta con una planta industrial de 15.400 m² en la localidad bonaerense de Isidro Casanova.



El taller Metalúrgica Gentili en la época en que realizábamos oxicortes. Década del '80.



Un nuevo proyecto junto al mar

A mediados de la década del '70, estaba cansado de la vida en Buenos Aires. Quería algo más tranquilo. Como justo mi hija Paula estaba terminando la secundaria, decidí mudarme a Mar del Plata. Mis socios se quedaron manejando la empresa en Buenos Aires, de la que sigo siendo accionista y miembro del directorio.

En 1980, fundé Metalúrgica Gentili, con la visión de comercializar acero en barra, caños y chapas. Tiempo después, por pedido del mercado, incorporé un servicio de corte de metales. Para ello, hice traer un pantógrafo electrónico desde Canadá. Fue el primer equipo de su clase en Mar del Plata y para mí, la adrenalina de emprender un nuevo proyecto industrial.

En el '93, incorporamos la fabricación de herrajes navales para la industria pesquera. Con el tiempo, ésa se convirtió en nuestra actividad principal. Fuimos innovando y ensayando distintos tipos de herrajes. Como era una empresa pequeña, yo mismo hacía muchas de las tareas, desde la fabricación hasta el armado de las piezas.

El 2001 fue difícil, pero lo pude sostener, gracias a que siempre fuimos una empresa pequeña y sana. Ese año, nos concentramos exclusivamente en la fabricación de herrajes, abandonando el resto de nuestras actividades.



Con el personal de Metalúrgica Gentili. 2014.

Actualmente, Metalúrgica Gentili es una pequeña empresa de seis trabajadores, especializada en herrajes navales y accesorios para elevación y fijación de cargas. Fabricamos grilletes, conectores, tensores, giratorios y pastecas. Nuestros productos se venden en todos los puertos de la Argentina a través de los mejores almacenes navales.

Todos los días, nos esforzamos para lograr la máxima calidad y competir con las mejores marcas internacionales. Por eso, desde 2011, estamos certificados bajo las normas ISO 9001, para lograr con productos de calidad, ser genuinos sustituidores de importaciones.

El legado

Con Lea, mi esposa, tuvimos a Paula en 1958, que estudió y se recibió de Licenciada en Administración. Nuestra hija nos dio dos nietos: Romina y Marco. Los dos son profesionales de sistemas. Con ellos sostengo a través de la computadora largas charlas y me cuentan de sus logros profesionales.

Ahora, a mis 90 años, sigo mirando hacia adelante. Siempre fui un hombre de pocas palabras, y más de acción. Llevo una vida sana y ordenada. No pienso en la jubilación. No paré nunca en mi vida, porque detenerse es retroceder.



Mi hija Paula con su esposo José Luis y sus hijos Romina y Marco.

Muchas veces miro hacia atrás y me gusta recordar que aquel tanito casi sin estudios, que pasó el hambre de la guerra, hoy es este industrial que soy; padre y abuelo de argentinos profesionales exitosos. ¡Y me da mucho orgullo darme cuenta de la semilla que sembré!